

# Educación en libertad. Una pedagogía de la confianza

José María Barrio

*Profesor Titular de Antropología Pedagógica, Universidad Complutense, Madrid.*

## 1. LA EDUCACIÓN COMO HABILITACIÓN DE LA LIBERTAD

Si la pensamos a fondo, la expresión “educar en libertad” se nos antoja redundante. En efecto, no hay modo de hacer eso que entendemos por educar sin apelar al uso que de su propia libertad hace el educando. Dicho en forma negativa, toda acción presuntamente educativa que margine o soslaye la libertad no pasa de ser amaestramiento o domesticación. El pleonasma “educar en libertad” se antoja, pues, un intencionado hincapié en lo que es, sencillamente, educar.

En un sentido más amplio, con todo, la expresión reviste un significado próximo al de crear un ambiente de confianza.

Como ha puesto de relieve la fenomenología alemana, tanto la retrospectiva (*Erinnerung*) como la expectativa (*Erwartung*) que los demás alimentan en relación a nuestro comportamiento funcionan como motivos morales de nuestras acciones. De manera particular la confianza (*Vertrauen*) mueve a obrar y, por lo mismo, nos paraliza la desconfianza (*Mißtrauen*) de los demás. El hombre es un animal social, naturalmente conviviente, y experimenta la necesidad de ser acogido por sus semejantes. Esto es muy humano, pero se advierte de manera especial en el caso de los más jóvenes. Las personas jóvenes suelen responder más a la confianza que se deposita en ellas que a la legitimidad de un código abstracto.

Junto a la benevolencia —querer bien— y a la beneficencia —hacer el bien—, la confianza es un rasgo esencial de la relación de amistad. Hablando a los padres de la educación de sus hijos, el Fundador del Opus Dei les aconsejaba

siempre que se hicieran amigos de ellos<sup>1</sup>. Hay contenida mucha ciencia pedagógica en este principio.

Confiar significa tener fe, dar crédito a alguien, considerarle capaz de verdad: de manifestarla o de guardarla, según convenga en cada caso. La peculiar forma de acogimiento en la que la confianza consiste provoca en el depositario de ella un doble efecto: de manera inmediata se sabe beneficiado por un gran don, lo cual cataliza un sentimiento de gratitud y, secundariamente, favorece el sentido de responsabilidad. En efecto, he de responder de mis actos, sobre todo, ante quienes han confiado en mí. Confiar en alguien es un modo muy profundo de encomendarle algo. También cabe decir, a la inversa, que toda exigencia, todo encargo, presupone en quien lo hace una actitud de confianza. Quien me pide algo importante espera se lo dé, y confía en que pueda dárselo (de lo contrario, carecería de sentido que me lo pidiera). Luego tiene de mí un concepto elevado. Si esta persona puede confiar en mí, yo no debo traicionar esa confianza y haré lo posible para satisfacer sus expectativas.

Todo lo que podemos hacer los educadores por quienes a su vez se han confiado a nosotros depende de que logremos generar esta actitud en las personas a quienes tratamos de ayudar. Hemos de entrar en el uso de la libertad que hacen las personas que se nos han encomendado; hemos de decir cosas a la gente sobre lo que debe hacer y sobre lo que debe querer. Pero nada de esto es posible sin que medie la confianza.

La educación es una habilitación de la libertad para que pueda percibir la llamada de lo valioso, y ello hace necesario concebirla de una manera asertiva. Si la educación, como bien dijo Kant, es humanización del hombre (*Menschenwerdung des Menschen*), el educador tiene mucho que ver con el uso que una persona hace de su libertad. Esto implica que la relación entre educación y libertad va más allá de lo sociológico y afecta de manera directa a lo más antropológicamente constitutivo: no basta educar *en* libertad; también hay que educar *la* libertad.

---

<sup>1</sup> «Aconsejo siempre a los padres que procuren hacerse amigos de sus hijos. Se puede armonizar perfectamente la autoridad paterna, que la misma educación requiere, con un sentimiento de amistad, que exige ponerse de alguna manera al mismo nivel de los hijos. Los chicos —aun los que parecen más díscolos y despegados— desean siempre ese acercamiento, esa fraternidad con sus padres. La clave suele estar en la confianza: que los padres sepan educar en un clima de familiaridad, que no den jamás la impresión de que desconfían, que den libertad y que enseñen a administrarla con responsabilidad personal. Es preferible que se dejen engañar alguna vez: la confianza, que se pone en los hijos, hace que ellos mismos se avergüencen de haber abusado, y se corrijan; en cambio, si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, se sentirán movidos a engañar siempre» (*Conversaciones*, 100, 3).

Habilitar la libertad significa hacerla capaz de percibir los valores y afrontar sus requerimientos prácticos. Y eso sólo puede hacerse proponiendo usos de la libertad, planteando tareas llenas de sentido. No hay, para el educador, ningún auténtico respeto de la libertad del educando que no consista en exigirle esfuerzos intelectuales y morales que le pongan en la tesitura de vencerse, de superarse a sí mismo. Esta es la única forma de todo humano crecimiento. Todo verdadero querer la libertad pasa, en el caso del educador, por saber requerirla.

Ahora bien, adviértase que la palabra *requerir* hace referencia a una especie de doble querer: querer y re-querer. Es imposible requerir la libertad humana sin previamente quererla; por tanto, sin asumirla y respetarla. La libertad es, al mismo tiempo, el factor principal con el que hemos de contar y el elemento más difícilmente aferrable e incierto de la educación. La variable definitiva es siempre la libertad de las personas y, como ésta es impredecible —se refiere a futuros contingentes— hemos de contar con la incertidumbre. ¿Cómo gestionar este elemento? ¿Qué hacer, desde la posición del educador, con algo a lo que, en último término, no tenemos más remedio que apelar?

Desde una antropología cristiana, la relación entre libertad y autoridad no representa problema ninguno. A veces es preciso encontrar un equilibrio no fácil (la vida es más compleja que la teoría, y en la práctica el ajuste puede ser eventualmente problemático), pero en teoría es claro que no hay ninguna antinomia insalvable. Dios creador es máximamente “autor” y, por ende, ejerce la *auctoritas* —la índole de *auctor*— de la manera más plena. Pero ha querido crear criaturas libres y parece que, al hacerlo, lo primero que ha querido es que en efecto sean libres, hasta el punto incluso de estar dispuesto a correr el riesgo de que no hicieran buen uso de la libertad. Dios no quiere esclavos sino hijos<sup>2</sup>, y al crear seres libres ha hecho posible una respuesta de amor electivo (*dilectio*). No desea enseñorearse de las criaturas personales más que como una concesión que éstas le hacen por amor. Con todo lo que esto tiene de misterioso, consta claramente que es lo que Dios ha querido al crear al hombre a su imagen y semejanza.

El educador que se apercibe de esta realidad es menos propenso a la tentación del autoritarismo. Puede ceder a ella, como cualquiera, y abusar de su autoridad, pero, si reflexiona, siempre tiene el recurso de pensar: —Si Dios respeta la libertad de las personas, ¿quién soy yo para no respetarla? —Pero entonces, ¿cómo influir en ella sin estorbarla?

<sup>2</sup> «Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne, en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, *pro Corpore eius, quod est Ecclesia*, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (Col I, 24)» (*Es Cristo que pasa*, 129, 3).

En esta perspectiva encuentra todo su sentido el valor educativo de la confianza. Sólo la confianza puede abrir las puertas de la libre interioridad. Una vez abiertas, el estímulo humanizador ejerce su verdadero influjo, *suaviter et fortiter*. El educador no está llamado a imponer o reprimir conductas al modo del reflejo condicionado. El estímulo sólo es educativo cuando activa la potencia interior de cada persona para que sea ella la que entienda con su inteligencia, quiera con su voluntad y sienta con su corazón. Ya lo vio claramente Sócrates. La violencia puede disuadir pero no persuadir. Sólo la confianza puede provocar esa persuasión interior que lleva a que el crecimiento de la persona sea una operación propiamente *vital*, inmanente. De la misma forma que la planta no crece porque la estire el jardinero, el educando desarrolla su personalidad en la medida en que internaliza, metaboliza y hace propio lo que recibe. Ahí estriba la diferencia entre educar y manipular o domesticar. Sólo hay auténtica educación de la inteligencia cuando la información reobra sobre la propia estructura cognoscitiva y se convierte en formación, cuando la pauta de comportamiento deviene criterio propio, cuando el estímulo externo queda suplantado por autodeterminación interior. A esto nadie llega sin la cooperación inicial de ciertos estímulos, pero el objetivo de la ayuda educativa es éste, podríamos decir con un lenguaje moderno, la “autoayuda” o, con un término ya acuñado en nuestro ámbito —y a menudo mal entendido— la *autonomía*. Ahora bien, nadie se deja ayudar a la fuerza. La única forma de ser ayudado es entender la necesidad de la ayuda y solicitarla, y eso sólo puede conseguirse en un *ethos* de confianza, de amistad.

El ejemplo y las enseñanzas del Beato Josemaría constituyen una referencia importante del valor formativo de la confianza. En lo que sigue me detendré de manera sumaria en la caracterización de esta *pedagogía de la confianza* ateniéndome a la praxis que he podido ver en algunos centros educativos alentados directa o indirectamente por el Fundador del Opus Dei, sin olvidar que este impulso influye también en la actividad profesional de tantos otros que, como en mi caso, tratamos de conducirnos con esa misma actitud en centros de enseñanza de titularidad estatal.

## 2. UN AMBIENTE DE CONFIANZA

Los centros educativos promovidos por personas que se inspiran en el espíritu del Opus Dei —que, como solía repetir el Fundador, es una gran tarea de formación cristiana, una “gran catequesis”<sup>3</sup>— tratan de ser una ayuda para los padres

<sup>3</sup> Cfr. *Es Cristo que pasa*, 149, referido al apostolado cristiano en general; A. DEL PORTILLO, *Carta*, 28-XI-1982, n. 20, en *Rendere amabile la verità*, Ciudad del Vaticano 1995, p. 59.

de familia, principales responsables de la educación de sus hijos y, puesto que los profesionales tienen en ésta una función subsidiaria, intentan prolongar en el centro el ambiente propio del hogar. Tal es el motivo por el que se busca la máxima implicación de los padres y madres en las tareas escolares, y ello se consigue gracias a un esfuerzo suplementario —frecuentemente muy abnegado— de los profesores o profesoras por dedicar un tiempo generoso de la jornada laboral a la atención de los padres de alumnos, además de los menesteres propios de la tarea docente. La relación con los padres no se limita a organizar conferencias sobre sociología, psicología evolutiva o pedagogía. Sobre todo se centra en entrevistas personales con el tutor o preceptor asignado a cada alumno, y no se producen sólo cuando hay problemas o cuando el chico o chica no rinde lo suficiente en sus trabajos escolares, sino también cuando todo marcha normalmente, para que vaya mejor. De esta forma los padres se implican mucho más, también afectivamente, con el centro, pues no se les habla de la problemática general del niño de tal o cual edad, sino de *su* hijo o hija.

La primera tarea que se propone en estos centros es ganar la confianza de las familias, de manera que se consiga una coherencia entre lo que los alumnos ven y oyen en su casa y lo que perciben en el colegio. Dicha coherencia es fundamental, sobre todo a edades tempranas, en las que mensajes demasiado contradictorios pueden desconcertar a los chicos. La siguiente tarea es lograr ese mismo ambiente, podríamos decir, de familia, en el propio centro escolar, pues únicamente obteniendo la confianza de los estudiantes —para lo cual es preciso darles confianza también a ellos— pueden alcanzarse con eficacia las metas auténticamente educativas que se proponen.

En los centros escolares promovidos por personas que conocen y tratan de vivir el espíritu del Beato Josemaría se advierte fácilmente que es ésta —la confianza— una característica destacada del quehacer docente y, en general, del ambiente que se trata de crear en la convivencia. Y es lógico. En algunos casos, esas personas le han oído decir al Beato Josemaría que se fiaba más de la palabra de un hijo suyo que del testimonio unánime de cien notarios. Y sabían que no engañaba, que eso no sólo lo decía sino que lo vivía, quizá como consecuencia razonable de la fe inmensa que tenía en Dios. Solía añadir que alguna vez alguien podía abusar de esa confianza y defraudarle, pero le parecía injusto excusarse en una mala experiencia para privar a los demás del crédito que merecían como personas y como hijos de Dios<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> «Conceded la más absoluta confianza a todos, sed muy nobles. Para mí, vale más la palabra de un cristiano, de un hombre leal —me fío enteramente de cada uno—, que la firma auténtica de cien notarios unánimes, aunque quizá en alguna ocasión me hayan engañado por seguir este criterio. Prefiero exponerme a que un desaprensivo abuse de esa confianza, antes de despojar a nadie del crédito que merece como persona y como hijo de Dios. Os aseguro que nunca me han defraudado los resultados de este modo de proceder» (*Amigos de Dios*, 159).

En el fondo, la labor educativa de muchos centros de formación alentados por personas que aspiran a la santidad cristiana según el espíritu del Opus Dei se fundamenta en el valor de la confianza. Colegios e institutos de enseñanza primaria y secundaria, clubs juveniles, residencias para universitarios, obreros, campesinos, y otras muchas iniciativas formativas extendidas por los cinco continentes comparten esta seña de identidad: se confía en la gente, y esa confianza suele ser mutua al poco tiempo.

Aunque aquí no hay espacio para ello, merecería ser explorada a fondo esta pedagogía de la confianza en la articulación de las relaciones humanas —y también profesionales— en el seno de estas instituciones: entre los alumnos o estudiantes, entre ellos y el personal docente, entre los propios docentes, entre éstos y los directivos, entre los miembros del equipo directivo y, de forma particular, de todos con el personal administrativo y de servicio. No menos interesante sería el análisis de todas estas sinergias en relación con las familias de los miembros de la comunidad educativa, destinatarios privilegiados de la labor que en estos centros se desarrolla y, en último término, en relación con el conjunto de la sociedad.

Los sociólogos no dejan de constatar los síntomas —todos ellos muy congruentes entre sí— de una cultura de la sospecha, del prejuicio y de la desespeanza, profundamente deshumanizadora y desocializadora, y que amenaza con neutralizar las energías más fecundas y creativas de la sociedad, especialmente en el contexto de la civilización postindustrial. Aparentemente solucionada la subsistencia y niveles de desarrollo socioeconómico más que decorosos, la desconfianza hace estragos en el seno de muchas empresas y familias: destruye, en dosis cada vez más preocupantes, relaciones laborales, amistades, la buena armonía familiar de tantos hogares, con las consecuencias negativas que tiene esto en la salud mental de muchas personas. La desconfianza daña también la comunicación entre generaciones. Lo que se ha dado en llamar la “cultura de la muerte” es, entre otras cosas, un fruto infeliz de la desconfianza: el miedo a los hijos, el miedo a los padres, al futuro, el ver cualquier compromiso humano como un peligro para la propia comodidad o independencia, etc.

Se hace necesario recordar que el ser humano es, a pesar de todo, capaz de verdad: de conocerla, de decirla y de vivir de acuerdo con ella.

La deriva inmanentista de buena parte del pensamiento moderno tiene como resultado la pérdida del sentido de la verdad. El representacionismo —la idea de que no podemos conocer la realidad sino únicamente nuestras representaciones de ella— ha obturado la filosofía contemporánea y ha hecho que se pierda la referencia al concepto de *verdad como bien de la inteligencia*, y del hombre.

La mentalidad positivista ha contribuido a reproducir una cultura pragmática, conformista y corta de miras, ganosa de éxitos tan inmediatos como epi-

sódicos, pero incapaz de entusiasmarse con grandes ideales, sobre todo si exigen la prueba del tiempo y la perseverancia. Cultura en la que sólo caben proyectos a corto o medio plazo y que, por ello, carece de categorías para comprender al hombre como un ser capaz de prometer y de prometer-se para toda la vida, y capaz, además, de ser fiel a sus promesas.

Entender mal lo que significa la persona humana acaba configurando un *hecho* socio-cultural —la mezquindad, en todos los niveles—, pero un hecho que se opone a la *realidad* de la persona humana, capaz de mucho más. El problema es que los hechos pueden acabar desmintiendo la verdadera realidad humana y, por tanto, des-realizando profundamente al hombre.

Junto a muchas otras instituciones educativas inspiradas en el mensaje evangélico, las tareas formativas alentadas por el ejemplo y el mensaje del Beato Josemaría son un catalizador de confianza en el seno de la sociedad y de las relaciones humanas, cada vez más sedientas de verdad.

### 3. CONFIANZA VIGILANTE VS. LIBERTAD VIGILADA

Hay un aforismo dialógico de linaje agustiniano que resume magistralmente las claves esenciales del oficio de educar:

*In libertate veritas expletur.*

*In veritate libertas completur.*

*In amore et veritas et libertas adimplentur.*

Sólo en libertad la verdad es reconocible como tal. Sólo en la verdad la libertad se plenifica. Sólo en el amor ambas —libertad y verdad— alcanzan su medida cabal. Aquí estriba, me parece, el verdadero núcleo de la tarea formativa que puede inducirse del ejemplo y las enseñanzas del Beato Josemaría, y que, a su modo y manera, reproducen los profesionales de la enseñanza que tratan de vivir el espíritu que él dejó esculpido<sup>5</sup>.

Quienes han cursado estudios en centros docentes alentados por el espíritu del Opus Dei saben cuáles son las razones por las que han de comportarse de unas maneras y no de otras: en ningún caso porque se les vigile. Esto no significa que no se vigile, ni que se deje de decir qué hay de hacer y qué no. Desde que

<sup>5</sup> «Nunca te habías sentido más absolutamente libre que ahora, que tu libertad está tejida de amor y de desprendimiento, de seguridad y de inseguridad: porque nada fías de ti y todo de Dios» (*Surco*, 787).



comenzaron a existir estos centros se podía identificar claramente un estilo de ordenar la convivencia muy peculiar, y que las personas que allí trabajan tienen la preocupación de imprimir en el ambiente con su propia conducta. Ya desde entonces muchos apreciaban una nítida diferencia entre la “confianza vigilante” característica de estos centros y la “libertad vigilada” que era más corriente en otras instituciones escolares.

Por supuesto que hay un reglamento, y unas normas mínimas de convivencia y orden, pero ordinariamente son pactadas por los propios alumnos. La institución del “consejo de curso” u otra análoga es habitual en estos centros escolares. Se compone de unos cuantos alumnos elegidos por sus compañeros que, bajo la coordinación de un profesor encargado que ahí actúa como uno más del “consejo”, ejerce funciones normativas, consultivas y ejecutivas en aspectos no poco importantes de la disciplina escolar. En todo caso, los alumnos tienen claro que ésa es la instancia ordinaria ante la que son responsables en lo que se refiere a asuntos de disciplina, y en ella se resuelven efectivamente: hablando entre ellos, con discreción, nunca con chivatazos. Realmente es difícil escudarse en el anonimato. Si hay que reconocer que algo se ha hecho mal, se hace. Esto suele ser bien recibido por todos —por supuesto, en primer lugar por el profesor— y se pone el remedio que sea necesario. Dicha actitud es natural y espontánea en muchos alumnos, incluso cuando van creciendo y quizá resulta cada vez más costoso reconocer los propios errores o gamberradas.

Esto que llamo “pedagogía de la confianza” no significa, como es natural, la ingenuidad de pensar que la gente joven todo lo hace bien, o ese irenismo que bonifica siempre la espontaneidad dejando impune cualquier abuso. Por supuesto que se corrige, y enérgicamente cuando hay motivos para ello, pero nunca de modo arbitrario, siempre explicitando las razones y, de ordinario, en confidencias personales con el profesor o el tutor del grupo, que siempre trata a los chicos como un amigo.

Hablando de la fraternidad cristiana que debe existir entre los cristianos —que se aplica también, como es lógico, al modo de comportarse de los fieles del Opus Dei—, el Beato Josemaría solía decir que entre sí han de quererse santos y, a la vez, quererse con sus defectos. Pese a la apariencia, ambas cosas no son incompatibles. De hecho, no hay modo de querer realmente que no sea querer la *realidad* de lo querido, y la realidad de todo ser humano incluye aspectos positivos y otros que no lo son tanto<sup>6</sup>. Yo no puedo querer a alguien *por* sus defectos,

<sup>6</sup> «Has de querer a tus hermanos, los hombres, hasta el extremo de que incluso sus defectos —cuando no sean ofensa de Dios— no te parezcan defectos. Si no quieres más que las buenas cualidades que veas en los demás —si no sabes comprender, disculpar, perdonar—, eres un egoísta» (*Forja*, 954).



pero sí puedo quererle *con* ellos. Ciertamente la caridad cristiana significa querer a los demás luchando contra sus imperfecciones, y ayudarles —humana y sobrenaturalmente— en esa lucha. Pero, a su vez, no cabe luchar contra los defectos sin tenerlos. Estimula mucho a la propia superación advertir que los demás confían en la gracia de Dios y en el propio esfuerzo por corresponder a ella en esta lucha por desarraigar lo que nos aparta de Él y de los demás.

Este mismo espíritu es el que, de forma muy natural, se vive en las tareas formativas llevadas por personas que lo aprendieron del Beato Josemaría. Se corrige con sentido positivo y de superación. Un comportamiento correcto —la misma palabra lo indica— es generalmente fruto de muchas conductas corregidas, pero lo es más fácilmente si se hace con delicadeza y con el espíritu evangélico de la corrección fraterna. La conclusión más o menos implícita que los alumnos suelen extraer de las correcciones no es tanto que “lo he hecho mal” —lógicamente, eso queda claro siempre— como que “lo puedo hacer mejor”.

Este *ethos* de confianza —que en el fondo es consecuencia de ver a la persona como “capaz de verdad”— es el que proporciona todo su sentido a la *libertad responsable*. No se puede separar la libertad de la responsabilidad. (También esto constituye un elemento importante de la enseñanza del Beato Josemaría.) Se plantean muchos problemas cuando se entiende la libertad como algo desarraigado de las consecuencias que el elegir implica, como el mero poder querer y hacer todo lo que a uno le viene en gana sin tener en cuenta en qué manera afecta eso a uno mismo y a los demás. De esta forma, no se percibe que la libertad exige saber por qué o para qué hago yo algo. Por el contrario, responsable es la conducta de quien se hace cargo de las consecuencias derivadas de sus decisiones. No se puede hablar de libertad sin hablar de libertad responsable. Cuando a una persona joven se le hace responsable, cuando se confía en ella, comienza a entender su libertad de esta manera, y entonces se pone de parte de la autoridad. Así, la libertad apoya a la autoridad, y la autoridad promueve la libertad.

#### 4. LA LIBERTAD DE LOS HIJOS DE DIOS

La responsabilidad no es tanto un límite de la libertad como una consecuencia natural suya. Una libertad responsable no es menos libertad: es una libertad que se hace cargo de ella misma, que es más consciente y, si se me permite decirlo así, más libre. Quienes nos hemos formado teniendo presente el mensaje del Beato Josemaría sabemos, por experiencia, que podemos hacer mal uso de la libertad, como cualquiera, pero que esa posibilidad no es más libre que la contraria. Hacer el bien, para el hombre, sólo es posible libremente, y con un ejercicio de la libertad mucho más intenso, si cabe. Sabemos, también por experiencia,

que la libertad no estriba en hacer lo que me da la gana, sino en hacer lo que debo *porque me da la gana*, que, como solía decir el Beato Josemaría, «es la razón más sobrenatural»<sup>7</sup>. No conocemos ese clima asfixiante de la sospecha y de la coacción moral que impide buscar pacíficamente la verdad y el bien y adherirse cordialmente a ellos. Sabemos, en fin, que la obediencia a la ley justa o al consejo sabio no destruye sino que realiza la libertad, y además la habilita para crecer.

Una condición necesaria de la obediencia es, justamente, querer obedecer, y quererlo libremente. La razón fundamental por la que obedezco —no la única, pero sí la principal— es *porque quiero*. Una “obediencia ciega” no es obediencia, es automatismo. Y la mayor ceguera es la que se produce cuando uno sólo se deja llevar por las pasiones, por las “ganas” (o por la falta de ganas para encarar lo arduo, lo que merece la pena y, quizá por eso, resulta penoso obtener). La libertad más auténticamente humana es la que se logra al liberarse de la esclavitud a las pasiones, o a las ganas. Y un cristiano sabe que la libertad encuentra todo su sentido cuando se ejerce en el cumplimiento de la Ley de Dios, «cuando se ejerce en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres»<sup>8</sup>.

Hablando de la *libertad de los hijos de Dios*, continúa el Beato Josemaría: «No acepto otra esclavitud que la del Amor de Dios. Y esto porque [...] la religión es la mayor rebeldía del hombre que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma —no se aquieta— si no trata y conoce al Creador. Os quiero rebeldes, libres de toda atadura, porque os quiero —¡nos quiere Cristo!— hijos de Dios. Esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse»<sup>9</sup>.

Quienes tenemos la inmensa suerte de haber recibido la fe católica, e intentamos que sea el centro de nuestra vida, entendemos bien esto. Y quien se sabe hijo querido por su padre, se siente libre en la casa paterna, aunque alguna vez tenga la tentación de abandonarla, de la falsa libertad. «El que no se sabe hijo

<sup>7</sup> «Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana. Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, *porque nos da la gana*, que es la razón más sobrenatural» (*Es Cristo que pasa*, 17, 2). También en *Es Cristo que pasa*, 184, 4: «El Reino de Cristo es de libertad: aquí no existen más siervos que los que libremente se encadenan, por Amor a Dios. ¡Bendita esclavitud de amor, que nos hace libres! Sin libertad, no podemos corresponder a la gracia; sin libertad, no podemos entregarnos libremente al Señor, con la razón más sobrenatural: porque nos da la gana».

<sup>8</sup> *Amigos de Dios*, 27.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 38.

de Dios —concluye el Beato Josemaría—, desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas»<sup>10</sup>.

Si se tiene fe en Dios resulta natural confiar en los demás. Ambas actitudes responden a la misma lógica, aun con fundamentos evidentemente distintos. La fe en Dios lleva a la fe en la fuerza transformadora de su gracia en la vida de las personas. Uno puede deshumanizarse hasta límites insospechados, pero también la misericordia divina puede sacarle a uno del bache más profundo. Si la capacidad de envilecerse es ilimitada, también lo es la de regenerarse, con su gracia. Y si Dios ha dispuesto las cosas de manera que quede patente su infinita misericordia y la capacidad de sanar —de redimir— todo pecado (excepto aquel que consiste, precisamente, en negarse a reconocer el pecado y no verse, en consecuencia, necesitado del perdón), entonces resulta muy razonable la actitud de otorgar confianza siempre, incluso de devolver el crédito a quien alguna vez ha mostrado no merecerlo tanto.

Además de que las personas jóvenes responden generalmente muy bien a la confianza que se deposita en ellas, por muchos que sean los defectos de alguien, siempre son más relevantes los aspectos positivos, y siempre se puede tirar de ahí. En la educación de las personas jóvenes —especialmente a ciertas edades más “difíciles”— es muy importante que los padres y los profesores sepan gestionar con habilidad los recursos positivos de una razonable autoestima.

Hasta los psicólogos conductistas reconocen que la modificación de ciertas conductas es más eficaz merced al refuerzo positivo que mediante el castigo. (Alguna vez éste será necesario, pero pocas, aplicándolo con prudencia y moderación, dando las razones oportunas y, desde luego, tratando de evitar siempre la violencia física). Dar confianza y animar, con paciencia, da mejores resultados que cualquier violencia. Decía el Beato Josemaría que la violencia nunca es buena, ni para vencer, ni mucho menos para convencer<sup>11</sup>. Como educadores hemos de procurar “que el alma quiera”: así describía la tarea de quienes se encargan de formar a otras personas. Es decir, hemos de suministrar los instrumentos intelectuales y morales para que cada persona sea capaz de hacer el bien por propio convencimiento.

Entiendo que para quien trata a Dios en la oración todo esto es más fácil. Si se sabe que Dios es Padre, y que los padres, aunque exijan a sus hijos —preci-

<sup>10</sup> *Ibidem*, 26

<sup>11</sup> «No comprendo la violencia: no me parece apta ni para convencer ni para vencer; el error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con el estudio; nunca con la fuerza, siempre con la caridad» (*Conversaciones*, 44, 3). También en *Surco*, 866: «La violencia no es buen sistema para convencer [...], y mucho menos en el apostolado».

samente lo hacen porque les quieren— también les comprenden y les tratan con indulgencia, suele ocurrir que, bien sea sólo por connaturalidad y como por ósmosis, es fácil acostumbrarse a ese modo de ver lo positivo de las personas.